

Uda
Madrid
22-11-32

LIBROS

UN MUNDO DISPERSO

Mauricio Bacarisse: "Los terribles amores de Agliberto y Celedonia". Novela. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1931. 346 páginas. 6 pesetas.

Estos tres idiomas, el de la razón, el del sentimiento y el del instinto, ¿por qué no habrían de juntarse armónicos en uno? ¿Por qué esos tres factores del hombre—vitalidad, alma y espíritu, según la división orteguiana—no habrían de fundirse en un producto integralmente expresivo del maravilloso compuesto humano?

El arte pocas veces ha conseguido, en tal concepto, obras armónicas. La mayor parte de ellas aparece en franco u oculto desequilibrio, cuando no mutilada. ¿En qué libro, en qué cuadro, en qué partitura no aparece un muñón? Y quizá la enorme dificultad de la novela radica en esta delicada y precisa manipulación con los tres elementos, sin los cuales ningún héroe ni fábula tendrá vida real—dentro de la superior realidad de la novela—. Cada factor es un cofre sin fondo del cual es necesario extraer cuidadosamente la materia novelasca. Si sólo utilizamos el cofre del espíritu, la novela se nos volatiliza. Se nos va de las manos en busca del aire enrarecido que él prefiere; si sólo utilizamos el cofre del instinto, la novela querrá descender a las alcantarillas bes-

tiales..., etc. Sólo mezclando sabiamente el material podremos someterlo al ritmo del arte.

A no ser que, prescindiendo de la mezcla, prefiramos dejar sueltos los factores: aquí el espíritu planeando a sus anchas; allí el tropel emotivo, espesándolo todo; más acá, en lo más bajo, la plara subconsciente. En este caso también habrá novela, pero en gestación, aun no situada, no anclada todavía en una zona precisa de universo. Resultará una novela anfibia, entre el cielo, la tierra y el mar; mitad apólogo, mitad poema; mitad disquisición filosófica, mitad fábula.

Dos amantes, Agliberto y Celedonia—como Urbano y Simona—pueden muy bien subsistir durante capítulos enteros sin gustar del amor, porque de su amor más que gozadores son cronistas. Son hombres y mujeres sin patria conocida, sin raíces. Pueden ser de la tierra o del aire, del cielo o del mar, y aun del infierno. Hablan de sus pasiones, pero en seguida se ve que sólo les interesa comentarlas. La razón—desprendida del resto—se complace en sus análisis; los instintos—a ras del suelo, sin hilo espiritual que los levante—escarban en el fango. Poesía, aquí; reflexión ética, allá. Algo de químico espiritual, un poco de hombre de mundo, otro poco de erudito. Un hombre poroso, donde nada tropezó en roca. Degustación de todo, nunca embriaguez de nada, jamás nutrirse plenamente de vida... ¿No es esto la característica del joven escritor de los últimos quince años?

Por un azar—y por un deber—he leído al mismo tiempo, en estos días, "Werther" y "Los terribles amores de Agliberto y Celedonia", dos primeras novelas: y he visto en ellas representadas dos épocas. Y dos tipos de juventud. La de Goethe se entrega generosamente a cuanto le rodea; todo lo halla digno de atención y sacrificio; la de Mauricio Bacarisse se repliega y reserva; declara al mundo indigno de hacer por él un sacrificio; si sobreviene un suicidio será por tedio, no por una gran vehemencia irrefrenable. Todo el mundo se enriquece y agrupa en Carlota, todo el mundo se empobrece y desmigaja en Celedonia.

No es comparar, es situar las dos novelas. Tal vez en "Werther" se llegó a fundir lo no fusible; como se separó lo inseparable en "Los terribles amores". ¿Terribles? En "Werther" sí que lo son, y no se dice; aquí se dice, pero seguramente no lo son. ¿Cómo iban a serlo, cómo iban a ser nada, si no existen?

En Bacarisse—como en todos los de su generación, predomina el sentido crítico, que desmeruza y aniquila, sobre el sentido novelístico, que recoge, reconstruye, refunde y vivifica. Bacarisse se complace en recorrer todos los estratos donde puede brotar su planta favorita: el desdén. Un áspero nihilismo nivela hechos y personas; un nihilismo sin sueños de reconstrucción—como el de Nietzsche—, que lo da todo por perdido... El desdén, hoy muy en boga, suele ser cierto elegante subrayado puesto por muchos a su vida, a una vida que, de otro modo, apenas tendría relieve. Es una faena de sencillo pintor que apela al difumino... Aunque no es éste precisamente el caso de Mauricio Bacarisse, malogrado escritor, en cuyo primer empeño supo ofrecernos ya hallazgos relevantes, sazónada cosecha, largamente gestada. Sus héroes podrán ser alguna vez meros fantasmas, pero son siempre deliciosas criaturas. Hembras de carne o diablejos de humo, ¿qué más da? Después de todo, son infinitos los planos en que puede operar el novelista. Cuanto más si disfruta—como el llorado amigo—del avión poético.

Benjamín Jarnés

"Live"
Madrid 15

UN MUNDO DISPERSO

Mauricio Bacarisse: "Los terribles amores de Agliberto y Celedonia". Novela. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1931. 346 páginas. 6 pesetas.

Estos tres idiomas, el de la razón, el del sentimiento y el del instinto, ¿por qué no habrían de juntarse armónicos en uno? ¿Por qué esos tres factores del hombre—vitalidad, alma y espíritu, según la división orteguiana—no habrían de fundirse en un producto integralmente expresivo del maravilloso compuesto humano?

El arte pocas veces ha conseguido, en tal concepto, obras armónicas. La mayor parte de ellas aparece en franco u oculto desequilibrio, cuando no mutilada. ¿En qué libro, en qué cuadro, en qué partitura no aparece un muñón? Y quizá la enorme dificultad de la novela radica en esta delicada y precisa manipulación con los tres elementos, sin los cuales ningún héroe ni fábula tendrá vida real—dentro de la superior realidad de la novela—. Cada factor es un cofre sin fondo del cual es necesario extraer cuidadosamente la materia novelesca. Si sólo utilizamos el cofre del espíritu, la novela se nos volatiliza. Se nos va de las manos en busca del aire enrarecido que él prefiere; si sólo utilizamos el cofre del instinto, la novela querrá descender a las alcantarillas bes-